



LA LIBERTAD INTERIOR

Este tema pretende abordar un aspecto fundamental de la vida cristiana: el de la libertad interior. Su objeto es muy sencillo; considero esencial que ca-

da persona descubra que, incluso en las circunstancias externas más adversas, dispone en su interior de un espacio de libertad que nadie puede arrebatarse, porque en el mismo momento de la creación del ser humano, se le fue dado. Llámese Dios o "Big Bang", éste es su fuente y su garantía. Sin este descubrimiento, nos pasaremos la vida agobiados y no llegaremos a gozar nunca de la auténtica felicidad. Por el contrario, si hemos sabido desarrollar dentro de nosotros este espacio interior de libertad, sin duda serán muchas las cosas que nos hagan sufrir, pero ninguna logrará hundirnos ni agobiarnos del todo.

La afirmación fundamental que queremos desarrollar es muy simple, pero de gran alcance: el hombre conquista su libertad interior en la misma medida en que se fortalecen en él la confianza (fe), la esperanza y la caridad.

ORIENTACIÓN ESPIRITUAL EN NUESTRA TRADICIÓN

La noción de libertad puede considerarse un lugar de encuentro privilegiado entre la cultura moderna y el cristianismo en particular. De hecho, este último se presenta como un mensaje de libertad y liberación. Para convencerse de ello, basta con abrir el Nuevo Testamento, donde los términos « libre », « libertad » y « liberar » se utilizan con frecuencia: La verdad os hará libres, dice Jesús en el Evangelio de San Juan; y San Pablo afirma: Donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad; y en otro momento: Con esta libertad nos liberó Cristo. Santiago llama a la ley cristiana la ley de la libertad. Queda, pues, por descubrir cuál es la verdadera naturaleza de esa libertad e intentar comprenderla.

El ser humano manifiesta tan gran ansia de libertad porque su aspiración fundamental es la aspiración a la felicidad, y porque comprende que no existe felicidad sin amor, ni amor sin libertad: y así es exactamente.

Para el hombre moderno, ser libre a menudo significa poder desembarazarse de toda atadura y autoridad: «Ni Dios ni amo». En el cristianismo, por el contrario, la libertad se encuentra intrínsecamente vinculada a la esencia del hombre en el mismo momento de la Creación. En el mismo acto de la creación a imagen y semejanza del Creador. La auténtica libertad es menos una conquista del hombre que un don gratuito de Dios, un fruto del Espíritu Santo recibido en la medida en que nos situemos en una amorosa dependencia frente a nuestro Creador y Salvador. Es aquí donde se pone más plenamente de manifiesto la paradoja evangélica:

Quien quiera salvar su vida , la perderá; pero quien pierda su vida por mí, la encontrará.

Otro error fundamental relativo a la noción de libertad es considerar esta última como una realidad exterior dependiente de las circunstancias, y no una realidad ante todo interior.

ORIENTACIÓN ESPIRITUAL EN NUESTRA TRADICIÓN

Existe algo muy obvio, pero que nos cuesta mucho comprender; y es que, cuanto más dependa nuestra sensación de libertad de las circunstancias externas, mayor será la evidencia de que todavía no somos verdaderamente libres.

En este terreno, como en tantos otros, revivimos el drama experimentado por San Agustín: « Tú estabas dentro de mí y yo fuera. Y fuera te andaba buscando ».

Nos explicaremos. Con mucha frecuencia tenemos la impresión de que lo que limita nuestra libertad son las circunstancias que nos rodean: las normas impuestas por la sociedad, las obligaciones de todo tipo que los demás hacen recaer sobre nosotros, tal o cual limitación que disminuye nuestras posibilidades físicas, nuestra salud, etc. Por lo tanto, para hallar nuestra libertad sería preciso eliminar todas estas ataduras y obstáculos. Cuando nos sentimos prácticamente “asfixiados” por las circunstancias que nos rodean, nos volvemos en contra de las instituciones o de las personas que son aparentemente su causa. ¡Cuánto resentimiento hemos alimentado en nuestra vida contra todo lo que no es de nuestro agrado y nos impide ser lo libres que deseáramos!

Este modo de ver las cosas encierra cierta parte de verdad: a veces hay limitaciones que es preciso remediar, barreras que hay que salvar para conquistar la libertad. Pero contiene también buena parte de engaño que deberíamos desenmascarar, so pena de no gustar jamás de la verdadera libertad. Incluso aunque desapareciera de nuestras vidas todo cuanto creemos que se opone a nuestra libertad, no existiría garantía de acabar consiguiendo esa plena libertad a la que aspiramos. Cuando superamos unos límites, siempre aparecen otros detrás. De ahí el riesgo –en caso de detenerse en la situación descrita– de encontrarse inmerso en un proceso sin fin, en una permanente insatisfacción. Nunca dejaremos de tropezar con obstáculos dolorosos. De algunos de ellos podremos librarnos, pero sólo para toparnos con otros más firmes: las leyes de la física, los límites de la naturaleza humana

ORIENTACIÓN ESPIRITUAL EN NUESTRA TRADICIÓN

o los de la vida en sociedad, al otro lado de los barrotes, donde los obstáculos se apoderan de uno.

El deseo de libertad que habita en el corazón del hombre contemporáneo a menudo se traduce en un intento desesperado de traspasar los límites dentro de los cuales se siente como encerrado. Y cuando nuestra sensación de encerrados es absolutamente real, por nuestra condición en donde nos encontramos, es fácil confundir ambas situaciones, sin darnos cuenta que nuestro espíritu no está encerrado.

Por esto, a menudo nos sentimos agobiados por nuestra situación, por nuestro entorno en la cárcel. No obstante, quizá el problema resida fuera: ciertamente, es en nuestros corazones donde nos angustiamos, en ellos está el origen de nuestra falta de libertad.

Con esto no quiero decir que no existan a veces circunstancias objetivas que transformar, situaciones difíciles o agobiantes que es preciso superar para que el corazón experimente una auténtica libertad interior. Pero creo también que con frecuencia vivimos engañados y echamos la culpa a lo que nos rodea cuando el problema reside más allá. Nuestra falta de libertad proviene de nuestra falta de amor: nos creemos víctimas de un contexto poco favorable cuando el problema real (y con él su solución) se encuentra dentro de nosotros. Es nuestro corazón el prisionero de su egoísmo o de sus miedos; es él el que debe cambiar y aprender a amar dejándose transformar por el Espíritu Santo.

He aquí el único modo de escapar de ese sentimiento de angustia en el que nos encerramos. Quien no sabe amar, siempre se sentirá en desventaja, todo le agobiará; quien sabe amar, no se creará encerrado en ningún sitio; ni tan siquiera en donde estamos.

La libertad no es solamente elegir, sino aceptar lo que no hemos elegido, nuestra condición, nuestras circunstancias que nos rodean.

Me gustaría resaltar la importancia de este modo de ejercer la libertad. El acto más elevado y fecundo de libertad humana reside

ORIENTACIÓN ESPIRITUAL EN NUESTRA TRADICIÓN

antes en la aceptación que en el dominio. El hombre manifiesta la grandeza de su libertad cuando transforma la realidad, pero más aún cuando acoge confiadamente la realidad que le viene dada día tras día.

Quien desea acceder a una verdadera libertad interior, debe entrenarse en la serena y gustosa aceptación de multitud de cosas que parecen ir en contra de su libertad. Aceptar sus limitaciones personales, su fragilidad, su impotencia, esta o quella situación que la vida le impone, etc.: algo que cuesta mucho hacer, porque sentimos un rechazo espontáneo hacia las situaciones sobre las que no ejercemos nuestro control. Pero la verdad es ésta: las situaciones que nos hacen crecer de verdad son precisamente aquellas que no dominamos "en cierto sentido". Hoy tenemos una ocasión ante una situación que se nos hace comprometida. Nuestra estancia aquí y ahora.

"Cuando se tiene vida interior, la verdad es que poco importa de qué lado de las alambradas de un campo se esté"

Terminaremos la exposición del tema de hoy con un antiguo relato monástico que llegas hasta el núcleo de la libertad interior, hasta el corazón:

Cierto día el maestro dijo: "Es mucho más fácil viajar que quedarse quieto".

"¿Por qué?" -quisieron saber los discípulos.

"Porque -dijo el maestro- mientras viajas hacia un objetivo, uedes aferrarte a un sueño. Cuando te para, tienes que afrontar la realidad".

"Pero ¿cómo cambiaremos si no tenemos objetivos o sueños?" -preguntaron los discípulos.

"El verdadero cambio es el interior. Afronta la realidad, y tendrá lugar el cambio involuntario,"

ORIENTACIÓN ESPIRITUAL EN NUESTRA TRADICIÓN

La virtud de la liberación del yo que nos abre a la sabiduría ajena es la humildad, fundamento de la serenidad interior. Pero este es otro tema en el que profundizaremos otro día.



Sábado, 11 Nov. 2006

Tema a cargo de F_J.G.N.